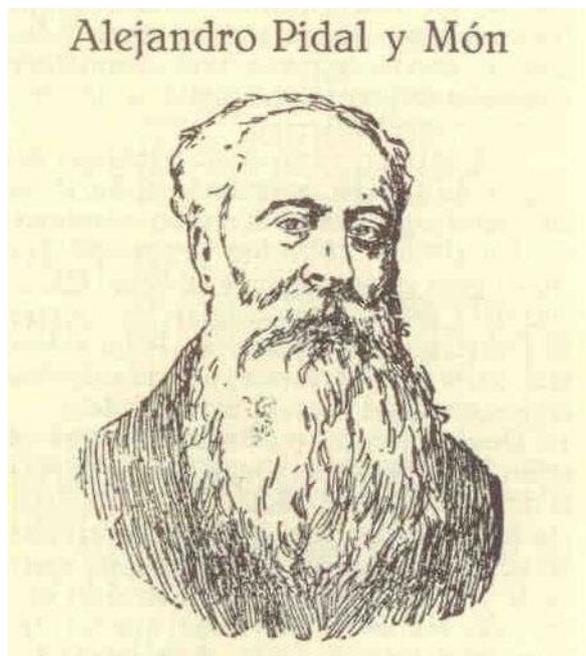


Alejandro Pidal y Món



El Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Món, nació en Madrid el año 1846, en noble cuna, pues su padre se había ya distinguido como ilustre hombre público, estando por parte de su madre emparentado con la más alta nobleza.

Muy joven aún inició sus estudios en Oviedo, distinguiéndose por su gran penetración, y un raro aprovechamiento, que tenía como base una vasta inteligencia, y un amor decidido a los estudios en general, y especial a los filósofos en los que despuntó de adolescente.

Terminó así brillantemente la carrera de Derecho en la Universidad Central, donde, tras, brillantísimos ejercicios, adquirió la Licenciatura.

Dedicóse entonces a la lucha en la prensa, haciendo brillantes campañas en diversos periódicos, manteniendo sus ideales de Religión, Patria y Monarquía.

Fue elegido por primera vez Diputado a la edad de veintiséis años, descollando como orador de primera línea y haciendo una brillantísima campaña parlamentaria y en pro de la unión de los elementos católicos, para oponerse a los abusos revolucionarios.

Batalló entonces rudamente en el Congreso conquistando ruidosos triunfos que le hicieron una de las primeras figuras políticas.

Fue entonces, y en el año 1876 cuando fundó “La Unión Católica” pronunciando un elocuentísimo discurso, que fue comentando apasionadamente en todas partes, dando lugar a una formidable campaña de prensa, que agitó a la opinión por mucho tiempo.

A la sazón ocurrió el fallecimiento del Conde de Toreno, heredando el Sr. Pidal el formar parte del Ministerio, después de haberlo consultado con la Santa Sede.

Desde entonces puede decirse que el señor Pidal fue el personaje más influyente de la política española. Dígalo la misma frase de Cánovas que se lamentaba de no poder adquirir dinero para un muelle de Málaga, siendo Presidente del Consejo de Ministros, mientras que el del Congreso – que lo era D. Alejandro – lograba once millones para el muelle de Gijón.

Así, con mano prodiga, vertió millones y millones en esta provincia, donde, gracias al Sr. Pidal, tomaron las Obras públicas un incremento que es la base del desarrollo industrial que ha adquirido nuestra región. Sería el nunca acabar el enumerar, aunque fuera en escueta relación, los beneficios que Asturias debe a D. Alejandro. Baste decir que apenas hay una carretera, ni un edificio público, ni un muelle, ni siquiera un camino vecinal en cuya creación no haya intervenido más o menos directamente, pudiendo afirmarse que la mayor parte debióse a sus iniciativas.

A tal extremo llevó su amor a la provincia, que en el Parlamento llegaron a protestar las otras regiones de las obras que se hacían en Asturias, desarrollándose con este motivo algunas interpelaciones, que el Sr. Pidal supo eludir, siguiendo en su beneficiosa labor.

Fué en 1883 elegido miembro de la Real Academia Española, pronunciando un brillante discurso analizando la obra literaria del coloso Fray Luis de Granada, no olvidando, ni este detalle, sus profundas convicciones religiosas, verdadero centro alrededor del que giró toda su vida.

Al morir el Conde de Cheste fué elegido Presidente de aquella ilustre Corporación, en lucha con el coloso montañés D. Marcelino Menéndez y Pelayo, lucha que entonces demostró la superioridad mental de los católicos españoles, cuando así disputaban un tan honorífico cargo para dos creyentes fervorosos, sin que ninguno de los sectarios pseudo-sabios se encontrase con talla suficiente para aspirar a tal puesto.

Era además miembro de las Academias de Jurisprudencia – cuya Presidencia ocupó también algún tiempo- y de las Ciencias Morales y políticas y de otros centros de cultura.

En su vida privada fue D. Alejandro un modelo de esposos y padre. Desposando con la virtuosísima señora D.^a Ignacia Bernaldo de Quirós, de la nobleza asturiana, su hogar era un modelo de hogares cristianos, donde las prácticas religiosas tienen arraigo. Infatigable trabajador, se levantaba muy temprano dedicando las horas del día al despacho de sus numerosos asuntos, alternando con la lectura de obras científicas y literarias.

Era un gran aficionado al arte, principalmente el pictórico, siendo un protector de muchos artistas.

En su despacho existen gran número de cuadros, todos de gran mérito, contándose entre ellos alguno de el Greco.

D. Alejandro, en su trato íntimo, cautivaba por su amena conversación, salpimentada de asturianismos, en que él se recreaba, pues sentía aún intenso cariño al bable de su tierrina.

Recibía numerosísimas visitas diariamente, de gentes de todas clases, que salían encantadas de su amabilidad y bondad.

Para terminar este bosquejo, tomamos del periódico “El Pueblo Astur”, la siguiente anécdota, que retrata el alma cristiana y templada de D. Alejandro.

Estaba bañándose cierto día D. Alejandro en el próximo río Piles, acompañándole un sacerdote que habitaba en el palacio del Duque de Tarancón y que se llamaba D. Agustín.

Pidal arrastrado por la corriente, llegó a verse seriamente comprometido y entonces don Agustín acudió en su auxilio.

Varias veces intentó extraerlo, pero no pudiendo arrastrarlo hacia la orilla por su peso, comprometió el buen sacerdote su vida en aquella empresa.

El Sr. Pidal comprendió su situación, y sobreponiéndose al llamamiento imperioso que le hacía la vida que se le marchaba, le dijo a don Agustín: “Sálvese usted y absuélvame desde la orilla.

Hermosa frase que comprendía la bondad de su corazón y la grandeza de su carácter.”

Fue diputado a Cortes por Villaviciosa desde el año 1878 hasta su muerte. Fué Embajador en el Vaticano dos años.

Falleció en Madrid el día 19 de Octubre del año 1913.